

# *El fin de la Edad Contem- poránea: Hiroshima, 6 de agosto 1945*

**N**INGÚN acontecimiento puntual ha causado tanto impacto en la conciencia de los hombres de nuestra generación como la explosión de la bomba atómica americana sobre Hiroshima aquel 6 de agosto de 1945. Primero fue la atroz carnicería de 100.000 personas que perdieron la vida entre horribles sufrimientos. Testigo excepcional, el padre Arrupe. Luego vino el asombro de todo el mundo por la inesperada fuerza de destrucción que habían causado los aprendices de brujo. Las ondas expansivas físicas saltaron en seguida al plano moral, en el que comenzó un proceso de culpabilizaciones que la guerra fría no hizo sino engrosar con los nuevos avances tecnológicos y el salto cualitativo desde el átomo de uranio al de hidrógeno.

La bomba se convirtió así, simultáneamente, en instrumento de destrucción primero; después, en arma política que ponía en peligro al mundo entero y finalmente, en un revulsivo de

la conciencia moral de gobernantes y gobernados. Tremendas virtualidades, que, sin embargo, no acaban ahí.

Desde entonces, todas las relaciones internacionales han estado condicionadas por la idea de la **capacidad de destrucción** suscitada por la bomba más que por el recuerdo de la bomba misma. Porque a partir de Hiroshima, todo se fue encadenando.

Había que transportar la bomba para la eventualidad de un primer ataque que quizá hubiera paralizado cualquier posibilidad de respuesta, y la tecnología lo consiguió modernizando los transportes en velocidad y en magnitud. De la bomba enemiga hubo que defenderse (cuando la poseyó la URSS, que fue muy pronto, 1949), y la tecnología elemental de detección a distancia que había comenzado con el radar se fue perfeccionando hasta percibir al enemigo desde muy lejos. La artillería, ya prácticamente obsoleta, fue sustituida por la técnica de los cohetes («misiles»), como transporte-soporte de destrucción. Y, por fin, la informática empezó a resolver en milésimas de segundo los problemas matemáticos, físicos y direccionales requeridos por el manejo de artefactos tan peligrosos. Se disparó la escalada militar en **cantidad** de cabezas nucleares al lado de las cuales la de Hiroshima había sido un juguete, y también en **calidad, precisión, y modernización** constantes.

LOS años que siguieron al final de la guerra fueron igualmente y por las mismas razones, la edad de oro del espionaje, y fuente de un río de novelas y filmes del género, utilizados como armas de propaganda por ambos bandos en cuyo fondo argumental estaba siempre el arma letal. Finalmente, el simple soldado se convirtió en técnico de combate, experto en el manejo de complejos aparatos. La guerra convencional había pasado a la historia.

¿Y el político? No se podía bajar la guardia frente a adversarios tan peligrosamente armados. El político-militar o el militar-político inventaron estrategias de superioridad absoluta y/o relativa. «Estrategia de represalia masiva» (J. F. Dulles, 1954), *Estrategia de contención*» (G. Kennan,

1953), «Estrategia de primer ataque (uso) o Estrategia de respuesta», «Estrategia de mutua destrucción asegurada» (MAD) (1960), «Estrategia de respuesta flexible» (Harmel, 1967), «Doble resolución intercondicionada» (OTAN, 1979). Este ambiente de enorme hostilidad y tensión se apoyaba en las dos grandes organizaciones político-militares, OTAN y Pacto de Varsovia. Y así pertrechados, los poquísimos hombres con capacidad de resolución decisoria, embarcaron al mundo en gastos gigantescos básicamente relacionados con el planteamiento sobre posesión y uso de las armas nucleares, y en una contienda incruenta, pero sin esperanza de relajación: la **guerra fría**.

Cabe discutir si dado el estado de extenuación en que el final de la guerra había dejado a los ejércitos y a los países, hubiera habido **guerra fría** de no haber mediado la aparición de la bomba. De hecho, la obstaculización del desarme general por parte de la URSS sobrevino inmediatamente después de que los aliados anglosajones anunciaran su deseo de que toda energía nuclear fuera controlada por las Naciones Unidas recién creadas. La conexión entre ambos hechos parece evidente. Lo que es incuestionable es que la obsesión por poseer siempre más, mejores y mayores armas de destrucción ha mantenido durante casi cincuenta años un pulso entre alianzas adversarias sin precedentes históricos.

### La «Era Atómica»

**LA** conciencia del cambio cualitativo experimentado en el mundo por la aparición de la bomba atómica fue aguda y condujo a apreciaciones algo precipitadas. Se habló de una nueva era e incluso del fin del mundo. Pero ¿qué había cambiado, en realidad?

La novedad consistía, solamente, en la aparición de un proceso tecnológico de liberación de energía, que —como consecuencia— había aumentado la potencia del arma decisiva (la energía acumulada en la bomba de Hiroshima hubiera necesitado la carga de 200 superbombarderos). Pero

*esto había sucedido ya bastantes veces a lo largo de los tiempos sin que por ello se hubiera entrado en una nueva era histórica. La aparición de cualquier nueva arma sorprende al adversario —con graves consecuencias— hasta que tal arma es neutralizada por su difusión. Por eso, si tras la bomba de Hiroshima ha habido en la historia un cambio cualitativo hay que buscarlo en algo diferente a la bomba como arma.*

**LO** que refleja la denominación «Era atómica» es **una conciencia generalizada** de que en Hiroshima (y Nagasaki) se había hecho presente algo nuevo que antes nunca existió: que el hombre había entrado en posesión de fuerzas desmesuradas.

*La energía atómica destapada en Hiroshima promovió un desarrollo tecnológico de aplicaciones pacíficas que de alguna manera, paliaban sin justificarla, los efectos de la bomba aterradora del 6 de agosto del 45. En estos cincuenta años, la tecnología ha implantado en el mundo casi 500 poderosas centrales nucleares, que cubren hasta el 20 por 100 de la energía que el mundo consume. Un beneficio, sin duda. Pero aun así, el mundo vive en la era atómica bajo un terror sutil que está ya por encima de las gruesas eventualidades políticas, incluso las de los últimos años. La fisión del átomo, aunque bastante controlada, sigue siendo peligrosa. Chernobyl parece una venganza de las fuerzas salvajes de la naturaleza por lo de Hiroshima. Y de alguna manera, la era atómica termina en ese pacto implícito que el «homo faber», ahora ya tecnológico o informático, se ve obligado a hacer con las fuerzas naturales al reconocer su impotencia.*

*Durante este tiempo llamado «Era Atómica» ha habido transformaciones mucho más generalizadas y profundas de las que se pueden haber derivado de la bomba. Hoy día, parecen haberse cogido de nuevo las riendas del progreso. La ciencia nuclear, auxiliada por la informática, ha ido avanzando prodigiosamente camino de nuevos Eldorados y nuevas promesas. Y la bomba atómica del 6 de agosto se irá desvaneciendo en el recuerdo, porque el amontonamiento de problemas nuevos nos empuja hacia el futuro.*

## *El insufrible peso de la ética*

*LA bomba atómica fue un despertador de las conciencias. El Occidente, que había asistido sin pestañear e incluso con espíritu competitivo o reivindicativo, según los casos, a los escalofriantes bombardeos de Hamburgo, Colonia, Berlín, Dresde, y tantos otros donde las víctimas se contaron por centenares de miles, y a las batallas de tierras y mares, donde los millones de hombres que se enfrentaban dejaban regueros de millones de víctimas, quedó estupefacto por aquella explosión cegadora y silenciosa que convirtió en noche la radiante mañana del 6 de agosto en el país del sol naciente. Porque aquello ya era demasiado. Superaba todos los presupuestos sobre los que los tratadistas habían montado tradicionalmente la controversia intelectual y moral de la «guerra justa». Incluso los científicos que habían trabajado con tanto entusiasmo en la fisión del átomo (especialmente Oppenheimer), quedaron horrorizados y protestaron airadamente de esta salvaje utilización.*

*Hubo que esperar a 1968 para que una mezcla de miedo a la destrucción mutua, a la creciente facilidad para construir la bomba y al permanente cálculo de la superioridad relativa de poder condujera a los tres grandes (USA, URSS y GB) en el seno de la ONU y con 59 países más, a la firma mayoritaria del Tratado de No Proliferación de armas nucleares que entraría en vigor en 1970. No era mucho, porque los poderosos quedaban con todas las cartas en la mano. Pero se iniciaba un camino de control que de alguna manera garantizaba la seguridad.*

*La aparición de la nueva arma atómica dejaba sin sentido los sutiles matices de la escolástica porque, simplemente, la conflagración nuclear, sobre todo a partir de la bomba H, hubiera hecho imposible ganar cualquier guerra, incluso para los que la comenzaran y estuvieran mejor pertrechados. Todo hubiera muerto. ¿Qué justicia podría haber en tal planteamiento bélico? En palabras de la pastoral de los obispos norteamericanos de 1982, **El desafío de la paz**: «La doctrina de la guerra justa y la no-violencia están a la vez enfrentadas a un reto único que es la guerra nuclear».*

Comenzó el debate partiendo de esa horrible premisa innovadora expresada en la estrategia de *Mutua Destrucción Asegurada*. Los políticos —más que los militares— se sintieron presos por un desafío dialéctico: ¿cómo desembarazarse de la **presión moral** generada por el terror nuclear para, a pesar de todo, mantener el poder, la primacía sobre el adversario, el idealismo nacionalista, el control de la riqueza, la fuerza del propio sistema? Era un juego difícil, porque tampoco era claro que adoptando la postura pacifista hubiera conseguido el mundo la ansiada paz. Ya había dicho Lenin, que **«como última finalidad, la paz simplemente significa que el comunismo obtendrá el control»**. Esta frialdad sin escrúpulos era de algún modo compartida por el otro campo, aunque no poco envuelta en ropajes moralizantes.

LOS argumentos de pretensión justificadora se fueron acumulando. Las estrategias más arriba señaladas aparecían dictadas por conveniencias políticas basadas en razones congruentes de urgencia o de emergencia. A los reproches morales y distanciamientos de los científicos —especialmente de Robert Oppenheimer— contestaba con displicencia el presidente Truman que los soviéticos no se detendrían por tales escrúpulos. Dwight Eisenhower, militar bonachón y tenido por humano, se lamentaba después de la incierta guerra de Corea (1950), de que no se hubiera empleado de forma decisiva la superioridad nuclear de Occidente, arguyendo la pesada carga económica del rearme convencional, y, al parecer, sin tener en cuenta, sobre todo, a las víctimas.

Era una dinámica política de neutralización del adversario a todo precio, que produjo efectos paradójicos. Por una parte, generó una manipulación del hombre aterrizado a lo largo de casi medio siglo (terror a la guerra, terror a la bomba, terror al comunismo) que sirvió de soporte a una plataforma de poder político y de gigantescas inversiones económicas en armamento. Por otra, y a la vista del hundimiento socialista de 1989, estas estrategias de equilibrio en el terror han demostrado su capacidad de bloquear la guerra total. Pero aun siendo esto cierto, ¿es que no hubiera habido otras alternativas?

Los acontecimientos del 89 —muy especialmente las grandes manifestaciones en la República Democrática Alemana— pusieron de manifiesto, para sonrojo de los propios alemanes orientales, que hubiera sido bastante fácil y relativamente de poco coste en víctimas, derribar al «tigre de papel» del comunismo creando sistemas de oposición, de boicot, de resistencia pasiva. Pero esto había que haberlo intuido haciendo cara al riesgo. Es lo que hizo en Polonia, con gran mérito, el sindicato «Solidarnosc», con Lech Walesa a su frente.

Hay que reconocer que la **oposición pacifista** de finales de los 70 no fue demasiado afortunada. Pesaba todavía en quienes tenían memoria, el mortal resultado de la cesión al pacifismo hecha por Chamberlain y Daladier en la conferencia de Munich de 1938. Por otra parte, el eslogan «mejor rojo que muerto» no era en sí mismo una alternativa demasiado apetecible, y, **de hecho**, trataba de disfrazar la manipulación de la opinión europeo-occidental por la URSS contra la «doble decisión» de la OTAN en 1979. Y la maniobra, de todos modos, fue políticamente inútil porque la OTAN resistió al chantaje.

**MÁS** rico en contenido ético fue el debate que en la década de los 80 mantuvieron en torno a la «disuasión mediante el rearme nuclear» las mejores cabezas del momento, tanto seculares como eclesiásticas. Unos a favor de esta postura (Glucksmann, Aron, H. Kahn) y otros en contra (R. P. Churchill, von Henting) consiguieron al menos que, mientras los políticos llevaban adelante la guerra fría, creciera ambientalmente la preocupación ética por el estado de cosas.

Las **iglesias**, por su parte, montaron un complicado debate teológico-moral del que los hitos más importantes son los elaboradísimos documentos que entre 1981 y 1986 aparecieron en el fragor de la controversia de la «Doble Decisión»: Memorándum de la Iglesia Evangélica en Alemania Federal (1981), documento «The Church and the Bomb», del Sínodo General de la Iglesia de Inglaterra (1983), Mensaje de Juan Pablo II a las Naciones Unidas (1982),

numerosos documentos de diversos episcopados católicos, los más relevantes, sin duda, los de las conferencias episcopales norteamericana (*El desafío de la paz*, 1983) y alemana (*La justicia construye la paz*, 1983).

*EN ninguna de tales actuaciones ni eclesiásticas ni seculares fue posible llegar a una solución simple, clara y unitaria. El problema era espinoso, complicado y lleno de variables. Pero, por lo menos, se sentaron las bases teóricas de cómo una conciencia recta y más una conciencia cristiana debe afrontar los problemas que se derivan de las aberraciones humanas.*

*Hoy día se ve de distinta manera el tema nuclear. Es bueno que la vida del hombre vaya pasando al primer plano de la consideración responsable. Ya ha transcurrido desde el 6 de agosto del 45 suficiente tiempo para pensar que ningún procedimiento ni arma son capaces de eliminar los conflictos que nacen del odio y la intransigencia. La peor bomba atómica sigue y seguirá siendo la voluntad dañada que la soberbia humana engendra.*